

LIBROS / Narrativa, Ensayo y Filosofía

Fingir el amor verdadero

La invención del amor

José Ovejero
Premio Alfaguara de Novela
Alfaguara. Madrid, 2013
256 páginas. 18 euros (electrónico: 9,99)

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. Un hombre se inventa para sí una relación sentimental porque nunca creyó en ello; así termina enamorándose de esa invención. O creyendo que se enamora. Sucintamente, se podría resumir con estas palabras el asunto central de *La invención del amor*, la nueva novela de José Ovejero, premio Alfaguara de este año. No voy a hacer un repaso de su obra, aunque todavía me suenan en los oídos algunas cuestiones que se ventilaban en *Las vidas ajenas* (2005), cuestiones tan palpitantes, tan inquietantes de la Europa de nuestros días, que Ovejero supo ver con tanta sagacidad sociológica y competencia narrativa unos pocos años antes de la pavorosa crisis económica y de valores morales que nos agarrota. Tampoco olvidó la lectura de *La come-*

Samuel, el narrador, es un hombre que vive solo, tuvo algunos romances pasajeros, aventuras, historias olvidadas. Lo dice él mismo: "Prefiero beber *bourbon* en la terraza, leer, salir, quedar con los amigos". En otro lugar confiesa: "Nunca utilizo la palabra amor". Un héroe así no necesita que se le presente dos veces la oportunidad que tiene de pedir prestada una vida que no se labró a pulso, aunque a la postre puede que se la merezca dado el alto voltaje de su imaginación. Su existencia desoladora también cuenta en su invención. El azar le pone al alcance de la mano una memoria sentimental que él nunca tuvo la capacidad de fraguarse. Juega con el fantasma de Clara y entre la invención y la mentira (en esta novela dos conceptos antagónicos) deja abierta la posibilidad de alcanzar el amor verdadero.

Lee *La invención del amor* con la fruición de quien está leyendo un estudio sobre el amor contemporáneo (la contemporaneidad se lo otorga las sutiles referencias al contexto moral y social de nuestros más actuales días, como un ruido de fondo). José Ovejero, el mismo que



José Ovejero, visto por Sciammarella.

dia salvaje (2009), una de las mejores novelas sobre la guerra civil española que se escribieron en las dos últimas décadas en nuestro país.

Un día, Samuel, un empresario madrileño de 40 años, recibe una extraña llamada: un hombre, que se presenta como Luis, le comunica que Clara ha muerto en un accidente. Samuel no conoce a Clara. No sabe quién es. Luis le dice el lugar y la hora del sepelio. Samuel acude y aquí comienza el ejercicio de invención. La invención del amor, que corre pareja a la de la novela que leemos. Durante el sepelio, Samuel conoce a Carina, hermana de Clara. Aquella tenía noticias de la existencia de Samuel. Poco a poco comienzan a verse, hablan de Clara, de lo que Clara le habló de Samuel; Samuel a su vez, metido ya de pleno en su operación impostora, le habla de lo que Clara le dijo de Carina. Así vamos sabiendo que Clara estaba casada y tenía a Samuel por amante, claro que no el Samuel que vemos inventando (e inventándose) sino al otro, al que un día nuestro protagonista (y narrador de la novela que leemos de Ovejero) descubre que vive en el cuarto piso de su misma escalera y que se llama también Samuel, el verdadero amante de Clara.

fue capaz de escribir uno de los mejores finales que se le puede poner a una historia de amor en *La comedia salvaje*, aquí ensaya un tratamiento cartesiano del amor detrás del cual se halla el drama (y la comedia) de un hombre que no sabe encontrar las palabras justas para lo que siente o sencillamente no sabe sentir, que también podría ser. La idea de hacer gravitar toda la historia de esta deliciosa (y tan llena de inteligente malicia) novela en torno a un personaje tan luminosamente elíptico como el de Clara, exigía la plenitud de talento narrativo a la que ha llegado Ovejero con esta novela.

Hablé más arriba de estudio cartesiano. Podría también hacer referencia al motivo del doble, que lo hay. A la idea de lo insondable de ciertas vidas (por ejemplo, Samuel no explica, ni a personajes ni a lectores, qué pasó con su padre). Pero con lo cartesiano quise añadir que Ovejero neutraliza, desde el uso calidoscópico de su escritura, desde una interpretación elástica e irónica del realismo, toda tentación sentimentaloidé respecto al amor, esa visión siempre tórrida sin la cual parece que los amantes lo son mucho menos. Menos creíbles y menos literarios. ●



España contra pronóstico

Miguel Ángel Aguilar
Aguilar. Madrid, 2013
248 páginas. 18 euros

ENSAYO. EL NUEVO LIBRO DEL periodista y autor Miguel Ángel Aguilar (Madrid, 1943) no pretende ser un ensayo académico sobre la España que ha ido quedando tras la sedimentación de lo que en su día fue una exitosa salida de una larga dictadura. Tiene, más bien, algo de epístola moral porque la materia que aborda está íntimamente vinculada a sus avatares vitales y por eso no tiene sentido apartar los afectos y los valores. Lo que importa es la mirada, el peso de la experiencia, las tensiones personales con un proyecto colectivo que funcionó y que ahora parece hacer aguas por todas partes. Manda el estilo, esa voz propia que, en el caso de Miguel Ángel Aguilar, está atravesada por el humor. Distancia, ironía, y el afán por conservar la finura cuando lo más fácil resultaría caer en la tentación del trazo grueso y los excesos.

¿Puede decirse alguna cosa más sobre la Transición? Nada nuevo, seguramente. Lo que más bien toca es incorporar la experiencia propia al flujo de los hechos políticos y de los avatares institucionales. Frente a una sociedad enferma de infantilismo, que anda exigiendo que todo se le sirva en taquitos comestibles en blanco y negro, urge el matiz, y a este se aplica Miguel Ángel Aguilar. Para dar cuenta de aquellos años tiene que volver constantemente a la dictadura, porque resulta imprescindible saber de dónde se venía para entender qué se pudo hacer.

El diálogo entre gentes que procedían de espectros ideológicos muy diferentes fue esencial. Y fue determinante la capacidad de renuncia. Escribe Miguel Ángel Aguilar que "la renuncia inteligente es la semilla de la victoria", pero conviene apuntar en este punto que su libro se abstiene de dar lecciones. Cuando definiendo la manera en que se recuperaron las libertades lo hace en voz baja, sin aspavientos, porque es consciente de que en ese proceso hubo que renunciar a los sueños más superlativos para conformarse con las reglas de juego de la democracia. ¿La gran enseñanza de la Transición?: "Ir de la ley a la ley pasando por la ley", contesta. Los doce capítulos reconstruyen los procelosos episodios que fueron sucediendo en distintos ámbitos (la Constitución, la Monarquía, el Ejército, la Iglesia, los partidos políticos...) para que ese desafío se hiciera realidad.

Pero lo que importa de verdad en este libro no es la Transición, es el presente. La devastadora crisis económica, el cenagal de la corrupción, la falta de solidez de unos políticos desvaídos, el complicado momento del periodismo ante la eferescencia de las nuevas tecnologías y las redes sociales, entre otras complicaciones, parecen confabularse para recuperar lo que Miguel Ángel Aguilar define como "nuestra especialidad preferida": el entusiasmo por el desastre y la autoflagelación. Y no sería bueno rendirse a esa tentación. La democracia necesita de una vigilancia constante para que las libertades no sufran merma y, si hubo capacidad de acuerdos tras la catástrofe de la dictadura y se encontraron maneras para conseguir enterrarla, también hay margen de maniobra para batallar hoy contra este panorama sombrío, amargo y deprimente. **José Andrés Rojo**

Filosofía y resistencia

Jacobo Muñoz
Biblioteca Nueva. Madrid, 2013
220 páginas. 17 euros

FILOSOFÍA. LOS COMPILADORES DEL presente libro hubieran hecho bien en añadirle una de esas introducciones que los lectores más perezosos tienden a saltarse. Me refiero a una introducción en la que se informara, entre otras cosas, del origen de los textos. Fechar y ubicar los diferentes trabajos que conforman el volumen habría enriquecido la lectura con una clave interpretativa de enorme utilidad, más allá de la mera contextualización (solo el anexo lleva al final, entre paréntesis, la fecha de su publicación). Porque este libro —que se equivocaría quien apresuradamente lo tipificara como de aluvión por la heterogeneidad de sus materiales— contiene piezas en apariencia raras en la trayectoria de Jacobo Muñoz, pero, precisamente por ello, fundamentales para entender de forma adecuada el sentido de la misma. Junto a las incursiones en los territorios teóricos más frecuentados por el autor (la modernidad, Max Weber, Lukács, Popper, Habermas...) en el volumen podemos encontrar piezas tan valiosas en sí mismas como reveladoras de una riqueza de intereses. Destacan, a este respecto, los textos sobre Ortega, Santayana o María Zambrano. Aunque tal vez los que más sorprenderán a quien conozca únicamente la faceta académica de Jacobo Muñoz son los dedicados a Luis Cernuda, a Alonso Quijano y a Joan Fuster.

No estamos ya sólo ante el académico solvente, de sólida formación en las diferentes corrientes que conforman el pensamiento contemporáneo (solidez especialmente digna de destacar en momentos como los actuales, en los que con tanta ligereza como ignorancia se descalifica la entera tradición analítica con los más peregrinos argumentos, o se da por descontado que ya no tiene caso explicar marxismo en las aulas universitarias), o ante el intelectual comprometido con una visión de la sociedad y de la historia. Lo que ahora aparece también, y en algunos momentos con brillantez, es el filósofo atento a cuanto ocurre, se dice y se piensa. O, si prefiere decirlo de esta otra manera, el crítico



de la cultura y de su tiempo. Convendría reparar en el término "crítico", particularmente pertinente aplicado a Jacobo Muñoz. Porque no puede predicarse de él la condición de filósofo complaciente, de esos que se dedican a dirigirse a un público convencido de antemano para suministrarle los argumentos que está deseando escuchar y no otros.

En ese sentido, se diría que el autor de *Filosofía y resistencia* gusta tanto de ser intempestivo como impertinente, pero no por capricho ni, mucho menos, por pose, sino porque entiende que precisamente dichas actitudes son las constitutivas del filósofo en cuanto tal, como queda acreditado ya en el primer capítulo, que da muy bien el tono de lo que sigue. A veces se enreda en el párrafo largo, todo hay que decirlo (como aquel poeta que, según la divertida noticia recogida por *El Mundo Today*, quedó atrapado en su propio foulard) y tuvo que ser rescatado por los bomberos, pero cuando consigue salir de su propio enredo termina por recompensarnos con una buena idea, recompensa que nos convence de que ha valido la pena la travesía por la espesura. Ha conseguido hacernos pensar, su empeño de siempre. **Manuel Cruz**